Tom. II. Num. 32. —49— 19 de Noviembre de 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

MELONES Y MUGERES.

II.

Saturnino Penca rayaba en los 26 años, cuando á su padre y á su madre se les ocurrió saber que gacetas estraordinarias venden los ciegos en el otro mundo, y tuvieron la humorada de morirse ambos en un mismo dia, con tan pocos instantes de diferencia, que es bien seguro que el alma del último que murió alcanzó, por poco que corriese, á la del que murió primero, antes de que tirase del cordon de la campanilla de las puertas celestiales. Bien es verdad, que el uno espiró en Madrid en manos de un médico madrileño, y el otro en Zaragoza en manos de un médico zaragozano, y no sabemos de cual de estas dos capitales está el cielo mas distante; pero piadosamente debemos creer que Dios ha querido colocar sus reinos á igual distancia de todos los puntos de la tierra. Ambos al parecer hicieron el viaje de muy mala gana, pues para ver si les era posible retardarlo, ella, que murió en Zaragoza, mandó á buscar su médico de Madrid, y él, que murió en Madrid, mandó á buscar su médico de Zaragoza. Pero ya era tarde. El médico de Madrid la encontró á ella difunta, y el médico de Zaragoza le encontró á él difunto tambien. «Si desde un principio hubiese estado á mi cargo, dijo el médico de Madrid, la enferma andaria por la calle.» «Si antes me hubiesen llamado, dijo el médico de Zaragoza, el infeliz estaria en la tienda despachando.» Uno y otro mutúamente se trataron de cuadrúpedos, y es muy posible que uno y otro tuviesen razon. ¿Quién sabe si un curandero, aplicando remedios sin ton ni son, hubiera salido mejor del empeño. Peor no podia salir, y á menudo sucede tambien con los métodos curativos lo que con los *melones* y con las *mugeres*. Un barbero curó desde Billescas á una señora que se hallaba en París desauciada ya de todo el protomedicato, sin examinar siquiera los síntomas para diagnosticar la enfermedad. La de que adolecia la paciente, segun dictámen de todos los facultativos inclusos los de cámara, era una hidropesía esencial, y el barbero la curó radicalmente prescribiéndola un compuesto que no sabia de que simples se componia, pero que le habia empleado con buen éxito contra los dolores de muelas. Cuantos médicos me han oido referir este caso, han afectado no darle crédito, pero los de París, que fueron testigos oculares del hecho, han preferido á confesar su ignorancia, decir que nada tiene de particular, atendidas las simpatías que estableció la naturaleza entre las muelas y las vísceras abdominales. ¡Lo que son las simpatías! A un calesero que le cojió debajo la rueda de un coche le amputaron una pierna y nunca mas se quejó de un callo que tenia desde mucho tiempo en el dedo pequeño del pié correspondiente á la pierna amputada. Esto se concibe facilmente. Lo que no es tan fácil de comprender como calmó un célebre operador los dolores que sufria una marquesa á consecuencia de un cáncer en el labio inferior, estrayéndola un cálculo de la vejiga urinaria..... Bien es verdad que la desdichada murió en el acto de la operacion.

Pero estoy divagando, y á falta de presidente es necesario que yo mismo me llame á la cuestion. Volvamos pues á Saturnino.

Con la muerte de sus padres, le sucedió á Saturnino una cosa que desde tiempo inmemorial ha sucedido á cuantos han perdido sus padres, que todos sin escepcion alguna se han quedado huérfanos, pero como las penas con pan son menos, nuestro huérfano tuvo motivos de consolarse de esta catástrofe que le dejaba posesor único y esclusivo de dos acreditadas tiendas de varios géneros situadas la una en Zaragoza, nada menos que en la calle del Coso, y la otra en Madrid nada menos que en la calle de Pontejos, muy cerca de la Puerta del Sol. Diciendo que Saturnino era comerciante, no se necesita decir mas para dar á entender que era avaro como una hormiga, aunque como todos los comerciantes se revelaba á menudo con ciertos rasgos de generosidad aparente, siquiera para servirse de ella como de un prospecto de sus riquezas y conservar de esta manera el crédito necesario á todas las casas de comercio. Así es que dispuso se hiciese á los autores de sus dias un magnífico entierro y aplicó á la salvacion de sus almas cantidades que mas de cuatro las quisieran para salvar sus cuerpos. Su físico tenia tan poco de particular que ni una plumada dedicaria á su prosopografía si supiese que no la han de echar de menos mis lectores á quienes la rutina les hace considerar necesaria la descripcion minuciosa de todos los caractéres que distinguen á los personages históricos. Saturnino era ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo, ni hermoso ni feo; habia en su físico un

verdadero equilibrio de poderes; era una teoría constitucional, la personificacion viva y encarnada de los sistemas mistos, un justo medio de carne y huesos. Amigo de la tranquilidad y embebido esclusivamente en sus negocios mercantiles, ni una sola vez se le oyó disputar acerca de formas gubernamentales; no estaba suscrito á ningun periódico, y descifraba con mas prontitud una regla de tres compuesta, que un artículo de la Constitucion. Si hubiese sido diputado de las Constituyentes y su opinion hubiese prevalecido en la asamblea, es seguro que hasta el preámbulo y el título del código vigente estarian escritos en guarismos. A pesar de esto pertenecia á la Milicia nacional, á lo que debia no pocos resfriados y ratos de desazon, y daba vivas y mueras á todas las cosas á que se los daban los demas. Hay muchos Saturninos en el mundo.

Nuestro interesante huérfano se hallaba en una posicion difícil. Una tienda en Madrid y otra en Zaragoza le obligaban á reproducirse, si puede decirse así, á estar á la vez en las dos partes. Dejar una de las tiendas á discrecion de los dependientes, en estos tiempos en que el mas honrado sirve para ministro de Hacienda, era declararse en abierta rebelion con todas las máximas de economía doméstica, y de esto no era capaz el buen Saturnino que sabia demasiado que el ojo del amo engorda el ganado. No tenia mas que un remedio, casarse. Pero queria su mala suerte que, lo mismo que á mí, le gustasen mas las hermosas que las feas, y esto era una atrocidad para un hombre desconfiado y celoso como un gato. Lo mismo que de sus tiendas queria ser de su muger único posesor, y un robo de un dependiente ó una infidelidad de su esposa eran dos calamidades, que solo al considerarlas posibles le trastornaban el juicio, sin atreverse á decir cual le parecia mayor. En este conflicto suplicó á Dios que le hiciese enamorar de una muger fea, de una muger que espantase á todos los hombres que no fuesen á su tienda con la esclusiva intencion de cambiar en dinero sus mercaderías. Dios le oyó. Dios es Todo Poderoso y quiso en efecto que se prendase Saturnino de una cosa que así remotamente remedaba una muger, pero una muger tan fea y de una fealdad tan antidiluviana, tan única en estos tiempos, tan reconocida por todos los poderes del estado, que deberian hacerse rogativas públicas para que muriese sin sucesion y no quedase en el mundo un solo ejemplar de aquel original tan espantoso. Sus fisonomías borrascosas y anárquicas se pronunciaban contra el sentido comun y, en verdad lo digo, si supiese que alguna vez habian de aparecérseme en sueños, no me acostaria en todos los dias de mi vida. Saturnino encontró en ella aquel *no se qué* con que nos pudren los oidos todos los amantes amartelados: se enamoró muy particularmente de los agujeros de sus orejas, y de una voz que tenia en efecto mucha modulacion y dulzura. Fué realmente capricho de la naturaleza encuadernar tan á la rústica una laringe digna y muy digna de magníficas cubiertas, digna de estar encerrada en una garganta de alabastro. Cualquiera que oyendo á Celestina (que así se llamaba la fea) tuviese la debilidad de mirarla, no sabia esplicarse como á Dios se le ocurrió poner los pulmones de un ruiseñor en el pecho de un javalí. La voz de Celestina salia de una horrible boca á la manera de esos chorros de agua cristalina que escupen los espantosos monstruos de granito colocados en todas las fuentes por el genio de la arquitectura. Sin embargo la fealdad de su futura no le pareció al celoso huérfano un seguro de suficiente garantía contra los incendios de la lujuria. No dió la mano á Celestina sino despues de haberla sugetado á todo género de pruebas; la hizo requebrar por tres ó cuatro de sus compañeros, alquiló un pisaverde pobre, pero bien parecido y magníficamente ataviado, para que la rondase la calle, y cuando la vió superior á todas estas provocaciones, la obligó á ir á Barcelona con el objeto de que la examinase el señor Cubí que se hallaba á la sazon en aquella capital. En efecto, el célebre frenólogo encontró en la cabeza de Celestina muy deprimida, muy poco pronunciada la *protuberancia occipital esterna* que es donde reside, segun Gall, el órgano de la lujuria, y de consiguiente tenia Saturnino un nuevo motivo para convencerse de la fidelidad de su fea idolatrada. Despues de todos estos esperimentos y minuciosas precauciones, se casó con ella; á los dos dias la dejó en Zaragoza, y á los cuatro él en persona se hallaba detras del mostrador en su magnífica tienda de la calle de Pontejos. ¡Ah! ¡quiera el cielo que aquella muger no sea prolífica! ¡quiera el cielo que no se hagan de moda aquellas horrorosas fisonomías! Si por desgracia se generalizase un gusto tan depravado, si por desgracia la diesen los padres en engendrar monstruos tan horribles como Celestina, tamaño abuso minaria por su base el matrimonio, que es la mas santa de las instituciones, y los mas apasionados defensores de la libertad generatriz bien entendida pedirian hasta para parir censura previa.

Saturnino vive sosegado y tranquilo. Sabe bien que la fealdad de su muger le garantiza la posesion esclusiva, conoce que en aquella fealdad está perfectamente abroquelado su honor, se persuade con razon de que aquella fealdad es una centinela que dice *atras* á todas las invasiones bastardas. ¿Pero se hizo cargo de que aquella fealdad podia menoscabar sus intereses mercantiles? Celestina ahuyentaba de la tienda á toda la juventud célibe de Zaragoza, á la manera que ahuyenta de un campo á los pájaros el espantajo que en ellos colocan los labradores. Bien es verdad que en cambio todas las casadas celosas obligaban á sus maridos á proveerse de sus utensilios en el mostrador de la feísima tendera. Vaya el uno por el otro. Seguramente Saturnino habia de antemano echado este cálculo y sacado una regla de proporcion examinando la estadística de la *siempre heróica* para saber el número de sus solteros y casados, porque ninguna circunstancia por insignificante que sea se escapa á la penetracion de un hombre dotado de genio mercantil.

¡Ya están casados! No pasa correo sin que en el camino de Madrid á Zaragoza se crucen dos cartas llenas de protestas de fidelidad matrimonial, embebidas en otras tantas reglas aritméticas que vienen á ser un estado detalladísimo de las entradas y salidas de cada una de las dos tiendas. Solo despues de un año de ausencia vino á interrumpirse esta envidiable armonía. Llegaron á Zaragoza dos y tres correos, sin recibir Celestina la suspirada correspondencia. Empezó á roer su corazon el gusanillo de los celos, y como un proyecto dictado por esta pasion terrible se ejecuta con la misma rapidez que se ha concebido, tomó Celestina asiento en la diligencia, dejó la tienda al interino cargo de un hermano suyo y preparó á su esposo una entrevista fulminante. En efecto la sesion de los dos esposos fué borrascosísima, pero hubiera tenido una solucion feliz si un imprevisto accidente no hubiese venido á complicar la crisis.

Puesto el caduceo entre los consortes, disponíase Celestina para regresar á Zaragoza enteramente tranquilizada por las discretas escusas con que supo ahogar sus resentimientos el bondadoso Satur-

nino. No, nunca mas volverá á perturbarse la paz de que goza aquel enamorado matrimonio. ¿Lo crees así lector? Pues oye y tiembla.

Acababa Saturnino de hacer una diligencia precisa y por la calle de Alcalá se volvia á su casa con la velocidad de un marido que va á buscar la comadrona, cuando tropieza con un amigo suyo á quien hacia dos años que no habia visto:—¡Saturnino!—¡Ginés! ¡tú por acá! ¿cuánto tiempo hace?—Diez ó doce dias.—¿Vienes ahora de Lérida, no es verdad? ¿qué tal el viage?—Malo, muy malo. Y no eches la culpa á la carretera, ni creas que me hayan asaltado ladrones, ni que haya habido vuelcos; nada, nada de esto, todos los viageros lo han pasado perfectamente ¡todos menos yo! Ni presumas tampoco que tuviese á mi lado algun chiquillo, algun barrigudo, algun mareado, algun fumador, alguna embarazada. Desde Lérida á Zaragoza lo pasé bien, es decir, lo pasé como puede pasarse en una diligencia. Pero al llegar á Zaragoza en la *fonda de las cuatro naciones*, se me antojó como á otros muchos dejar la diligencia de la *Coronilla de Aragon* y proseguir mi viage en una de la empresa de las *Peninsulares*. Me dejé seducir por los elogios que de la empresa de las *Peninsulares* me hizo uno que supe despues ser de los empresarios... ¡ay! lo supe cuando el mal ya no tenia remedio. ¡Y yo que le creia de buena fé considerándole tan indiferente como yo á los beneficios de la empresa! Eran las doce de la noche cuando me senté en el banco de los ajusticiados. Permíteme que dé este nombre al asiento de la diligencia. No habia en la rotonda mas viageros que yo y una señora cuyas facciones no me permitió descubrir la oscuridad de la noche. La diligencia arrancó con brio y, como lo hacen todas para formarse una buena reputacion, siguió su rápido progreso mientras estuvimos en la ciudad, pero luego que salimos de ella empezó á estacionarse á la manera de un revolucionario rabioso luego que se ha calzado con un destinillo que vale la pena. A mí me importaba muy poco ó, por mejor decir, me complacia la marcha crónica de la diligencia, porque habia de dilatar los goces con que me brindaba la circunstancia de hallarme en la rotonda solo con una muger. Dos jóvenes de distinto sexo tardan mucho en dormirse hallándose encerrados solos y á tiro de beso. Entablé conversacion con mi compañera de viage, y tuve el placer de oir su voz que es la mas dulce que ha vibrado en mis oidos. No quise gastar pólvora en salva; sabes que soy vivo de genio. Destaqué bien pronto una guerrilla; adelanté uno de mis pies y con él toqué suavemente el suyo. Nada de resistencia. Adelante. Trom, room, room, torom... Mi pie á la manera de un grumete se fué encaramando por su pierna como por una cucaña. Luego mis manos desearon entrar en accion y catatic, catatac, catatic, catatac, á paso de ataque fueron ganando terreno. Los labios siguieron su ejemplo; el movimiento se fué propagando rápidamente, y en un instante todo mi cuerpo quedó pronunciado en masa. Somaten, nan, nan, nan... ¡Alto el fuego! Me dormí en seguida; llegamos á una parada, la diligencia se detuvo..... ¡qué horror! ¡Saturnino, qué horror! Al tibio resplandor de los primeros crepúsculos del dia descubrí las facciones de mi compañera de viaje..... ¡era un monstruo, un espantoso monstruo!—Una vieja no es verdad? preguntó Saturnino.—¡Qué sé yo lo que era! respondió Ginés. La fealdad absorvia su bautismo; los años parecian desleidos en aquellas fisonomías monstruosas. ¿Quién adivina á simple vista la edad de una culebra, de un tiburon, y sobre todo de un monstruo que se ve por la primera vez? Para conocer si un animal es viejo, necesario es poderle comparar con otro jóven de la misma especie y *viceversa*, y yo jamas habia visto un animal de la especie de aquella muger. Seguimos adelante nuestro camino; hubiera dado la mitad de los dias de mi vida para convertir la diligencia en vapor ó convertirme yo en milano. Hasta entonces no habia fijado la atencion en la lentitud del viaje; el carruage me parecia un peñasco y los caballos se me figuraban tortugas.—Parece que ha descansado vd. perfectamente, amigo mio, me dijo ella con dulzura. Nada la respondí; los desdenes de una hermosa son mil veces menos repugnantes que las caricias de una fea. Cerraba los ojos para no verla, y en todas las paradas me apeaba para respirar el aire libre, para respirar una atmósfera no infestada por el aliento de aquel monstruo. Pero ella habia jurado no dejarme en paz, y se apeaba cuando yo me apeaba. Pregunté al mayoral si habia un asiento desocupado en el interior ó en la berlina, y me dió una respuesta negativa... ¡Qué desesperacion! Tuve que resignarme con mi suerte y permanecer con los ojos cerrados hasta llegar á Madrid.—¿Y era casada? dijo Saturnino.—Asi al menos lo decia ella, contestó Ginés, pero no puede ser que haya habido un solo hombre de tan depravado gusto.—¿Y te ha dicho su nombre? ¿cómo se llamaba?—Catalina... no, un nombre asi acabado en ina... Serafina... no.—¡Celestina tal vez!—Si, si, Celestina.—¡Qué horror! ¡era mi muger!—¡Es posible!

En esto llegaron á la tienda donde se hallaba Celestina, que al ver á Ginés lanzó involuntariamente un espantoso grito. ¡Ella es! clamó Ginés tapándose los ojos con ambas manos! ¡ahí está el documento original de mis pecados! Y huyó como una saeta hácia la *Puerta del Sol*. Celestina estaba sin sentidos: Saturnino fuera de sí sacó una pistola de un cajon y con ademan resuelto se dirijió á la *Fuente Castellana* donde no habia mas gente que unos cuantos toreros embebidos en una conversacion relativa á las dificultades de su arte filantrópico. Como á seis pasos de ellos se paró Saturnino, y despues de haberse asegurado con la mayor sangre fria de la carga de la pistola, amartilló el arma terrible y se puso junto á las sienes la terrible boca.—¡Qué se va á matar! gritó uno de los toreros.—Déjale, Curriyo, respondió otro, no le quites el gusto á naide. En efecto, todos se llamaron quietos; Saturnino tiró del gatillo y *chec* chasqueó el piston, pero no salió el tiro... la pistola estaba descargada.—Tome vd.; esta no hará falta, dijo uno de los toreros, dándole á Saturnino una navaja tan larga como una espada sable, pero cuidado con echarla á perder.—¡Gracias! dijo Saturnino ¿me he de matar dos veces? Vds. mismos son testigos de que sino me he levantado la tapa de los sesos es porque la pistola estaba descargada; por lo demas... la intencion basta. Dijo, y regresó á Madrid, siguiéndole largo trecho la rechifla de la cuadrilla.

Al llegar á su casa encontró á su esposa vuelta en sí de su terrible pataleta.—¡He aquí tu obra, muger ingrata, esposa pérfida! ¡Vengo de suicidarme!—¡De suicidarte! clamó ella, ¡qué horror! Sí, de suicidarme.—Pues bien, repuso Celestina con esa tranquilidad y estoicismo aparente que demuestra el esceso de la desesperacion, pues bien, yo no te he de sobrevivir... ¡á Dios! ¡á Dios! Con paso mesurado se dirijió hácia la cocina. Los dependientes quisieron detenerla.—Dejadla, dijo Saturnino, no quiteis el gusto á nadie. En una mesa de la cocina habia un cuchillo y seis ó siete chirivías; tomó Celestina el instrumento terrible y asestandolo contra su pecho, dióse una cruel puñalada... pero no fué una puñalada; fué una *chiriviada*. La infeliz en la ceguedad de su desesperacion no acertó á coger el cuchillo y cojió una chirivía.—Toma el cuchillo, la dijo su esposo entregándoselo con la mayor atencion y cariño.—¡Gracias! respondió

ella, ¿quieres qué me mate otra vez? Tú mismo has sido testigo de que si no me he traspasado el corazon es porque en lugar del cuchillo he cojido una chirivia. Por lo demas; la intencion basta.

Creo, lector, que este trágico desenlace ha de ser para tí una leccion que no la echarás en saco roto. Aprende, aprende en las desgracias del desventurado Saturnino. Los hechos, que son mas elocuentes que las palabras, te dicen lo que son *melones* y lo que son *mugeres*. Escarmienta en ageno daño; no olvides aquella máxima de un filósofo antiguo; *Bonum est ex aliorum erratis in melius instituere vitam nostram*, ni aquella de otro filósofo mas antiguo todavia: *Quinimo et feliciter is sapit qui allieno periculo sapit*. Napoleon decia que en todas las empresas debian confiarse tres partes al cálculo y una á la fortuna, que el que confiaba á aquel mas de tres partes era un pusilánime y el que confiaba á la fortuna mas de una era un temerario. Este pensamiento célebre no puede aplicarse á las *mugeres* ni á los *melones*. En estas materias es necesario dejarlo todo á discrecion de la suerte. Si aciertas tanto mejor para tí, y sino suicidate, pero procura, si eres suscritor, suicidarte con una pistola descargada ó con una chirivia.

A. Riboy y Fontseré.

EL POBRE LÁZARO.

Andaba Lázaro en Móstoles
á puros ayunos lánguido,
y quiso llenar su estómago
del indispensable fárrago.
Pidió la mano de Mónica
por aficion al metálico,
y donde pensó ver águilas
halló solamente pájaros.
¿Por qué de su suerte pícara
reniega el pobre gaznápiro,
si ya en la pila pusiéronle
Lázaro, Lázaro, Lázaro?
Dame de comer, estúpida,
decia armando un escándalo.
Mira que soy de hombres célebres,
vástago, vástago, vástago.
Y no pudiendo paupérrima
corresponder á este cántico,
la daba con mano pródiga
látigo, látigo, látigo.
Acostábase colérico,
la paz firmaba en el tálamo,
y se levantaba el mísero
pálido, pálido, pálido.
Porque era su temple frígido
y helado como un carámbano,
y era de Mónica el ímpetu
cáustico, cáustico, cáustico.
Y si él decia pacífico:
tácito, tácito, tácito,
ella contestaba impávida:
rápido, rápido, rápido.
Y como tras de las réplicas
venian momentos plácidos,
echaba á pares la zángana
zánganos, zánganos, zánganos.
Mil veces el antropófago
lloraba como un Heráclito,
por no haber carne ni líquido
báquico, báquico, báquico.
Si para el domingo próximo
fundaba esperanzas cándido,
se le frustraban el último
sábado, sábado, sábado.

Bien para lucir gastrónomo
quisiera ser archipámpano,
ó tan siquiera en lo clérigo,
diácono, diácono, diácono.
Mas Dios con el lazo cónyugue
le dió un enjambre satánico,
sin dar para sus mandíbulas
rábanos, rábanos, rábanos.
Siendo cero en lo científico,
siendo en las letras un bárbaro,
sin ser en el arte bélica
táctico, táctico, táctico:
Tomó su trabuco intrépido
y fué en los incultos páramos
el mas atroz y carnívoro
vándalo, vándalo, vándalo.
A cuantos halló malévolo
dijo con aire magnánimo:
«si tienes oro magnífico,
dámelo, dámelo, dámelo.»
Ellos lo daban con lágrimas
entre sí diciendo estáticos.
¡Así te picára un pérfido
tábano, tábano, tábano!
Hasta que el anzuelo rígido
le prendió de un juez seráfico,
que le dijo: ¿tienes débitos?
págalos, págalos, págalos.
Y en recompensa á sus crímenes
le puso el verdugo impávido,
para apretarle las vértebras
cáñamo, cáñamo, cáñamo.
Mucho sufrió luego su ánima
que os dijera ¡voto al chápiro!
mas por no cansar al prójimo,
cállolo, cállolo, cállolo.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

A Mi Amigo

D. JOSÉ MARIA BONILLA.

Sueca, octubre, 20 y tres
del año que correr ves.

Mi caro amigo Bonilla:
tu carta abrí de repente
hallándome casualmente
en la plaza de esta villa;
Y ten por cosa muy cierta,
aunque parezca romance,
que todo fué un mismo lance
abrirla y..... quedar abierta.
Así como por ensalmo,
cuando tu nombre leí
vi cien almas junto á mí
con la boca abierta un palmo.
Debiendo tanto chocarnos
la primera indicacion,
que estando allí de planton
lo que hicimos fué..... sentarnos.
Pues no ignoras que es un hecho
por muchos sabios probado,
que estar un hombre sentado
no es igual que estar derecho.
Aunque debo noticiarte
que en vista de aquel suceso
este nacional congreso
tomó asiento..... en cualquier parte.
Tambien yo ocupé mi puesto
en el umbral de una tienda,
y principié la leyenda
del epistolar contesto.
Juro, Pepe, por tu vida
que nos quedamos confusos
al ver las costumbres y usos
de esa córte fementida.
¡Santo Dios! ¡qué laberinto!
¡qué embrolla! ¡qué baraunda!
dó vive Isabel segunda
y murió Felipe quinto!!!
¡Qué han de pensar de la España
viendo tanta estravagancia
el astuto rey de Francia
y los vecinos de Ocaña!
Al leer solo una coma
de lo que reza tu carta
¡qué dirán allá en Esparta
en Carabanchel, y en Roma!
¡Qué concepto han de formar
los taimados estrangeros,
y aun los hijos, y herederos
de Hernan Perez del Pulgar!
¡Qué diria al ver Madrid,
y al ver tanta cosa rara
si hoy la cabeza sacára
el anciano rey David!!!
¿Y habitas tú en ese punto
con calma, quietud, y pausa,
cuando sin formarle causa
ves que entierran á un difunto?
¿Y vives sin aprension,
como lo hacen los muchachos,
donde los hombres son machos,
y hembras las mugeres son?
¿No piensas, amigo mio,
que, habiendo tantas manolas,
aquel que hoy es macho á solas
mañana es macho cabrio?
Muy raros son tus antojos
mas..... ya llorarás tu error;
siendo de esto lo peor
que llorarás..... por los ojos.
Dime, ¿y no te desanima,
ni te retrahe y conmueve
el mirar que cuando llueve

el agua les cae encima?
¡Cuáles serán tus congojas
si sales y está lloviendo!
¡ay! desde aquí estoy ya viendo
que sin remedio te mojas.
Bien que, aunque parezca juego,
que esto suceda es preciso
donde para hacer un guiso
tienen que encender el fuego.
Y en donde, como en la huerta,
el que por la calle pasa
si quiere entrar en su casa
tiene que entrar... por la puerta.
Y en fin donde hay caballeros
que á pesar de su nobleza
no llevan en la cabeza
mas que... gorras ó sombreros.
Te digo, hablando de veras,
que cosas tan peliagudas
me ofrecerian mil dudas,
si tú no me las digeras.
Mas ya que tú me las dices,
justo, y muy justo parece
que las que este pueblo ofrece
te encage yo..... en las narices.
Primero tengo observado
que por estas cercanias
sale el sol todos los dias
menos cuando está nublado.
Pues es verdad de gran bulto,
en que habrás de convenir,
que es lo mismo el no salir,
que el permanecer oculto.
Con el sol ó con la estrella
que matutinal se llama
levántanse de la cama
los que no quedan en ella.
Y es una cosa que encanta,
y causa sumo embeleso
el ver á un hombre muy tieso
al punto que se levanta.
Alumbrado ya el teatro,
lo primero que aquí ves
es el andar con dos piés
á quien debiera ir con cuatro.
Aunque hay varios que convienen
en que algunos que conoces
suelen tirar lindas coces
solo con los dos que tienen.
Verdad es que en nuestros dias
si es que se repara bien
en todas partes se ven
iguales majaderias.
Pero en fin, tú considera
que en tan delicado asunto
lo mejor es hacer punto,
y tire coces quien quiera.
Puesto ya en pié cada cual
segun mi pluma te anuncia,
todo el mundo se pronuncia
al punto por..... la central.
Y á mi ver sin grande esfuerzo,
comprenderás al momento
que en dicho pronunciamiento
solo tratan..... del almuerzo.
Y aun si mucho me importunas
te habré de añadir por fuerza,
que aquí el pobre que no almuerza
suele quedarse..... en ayunas.
Mas no creas tú que en Suecia
se refrenda el pasaporte
al estilo de la córte
con chocolate ó manteca.
Ni con esos perifollos
con que adornar verás tú
el cortesano ambigú,
ni con leche, ó té con bollos.
No, Pepe, porque las fibras
de esta gente ciudadana,
requieren por la mañana
de carne dos ó tres libras.
Y eso sin las frioleras,
producto de estos terrenos
que suelen ser cuando menos
ocho ú diez libras de peras.
De modo que un pronunciado,
que llegue á formar empeño,

se comerá... un madrileño
de esos que van por el Prado.
Siendo lo que mas me choca,
aunque otros á mal lo tomen
el observar como comen
casi todos..... por la boca.
Por cuyo mismo camino,

sin pensar que al agua ultraja,
ciudadano hay que se encaja
medio cántaro de vino.
Y no hay nadie que haga caso
de que las aguas del Júcar
son muy dulces, si de azúcar
al beber se llena el vaso.
Terminado el primer acto,
si su jornal estipulas,
con sus yeguas ó sus mulas
van á ponerse en contacto.
Y por mas que tú te asombres
sepas que siempre se vé
el ir las bestias á pié,
y encima de ellas los hombres.
En tan estrañas posturas
caminan mejor que en coche,
hasta que llega la noche,
y quedan todos..... á oscuras.
Cada cual va así á la vez
pasando su vida escasa,
aunque hay tambien quien la pasa
en cosas de otro jaez.
Mas como con mi relato
veo que ya te fatigo
lo mejor es, caro amigo,
dejarlo para otro rato.
Pues creo con fé profunda,
y lo mismo opina Marta,
que tras tu primera carta
ha de venir la segunda.
Y si el viento sopla en popa,
tal vez nuestras relaciones
en desiguales renglones
darán que hablar..... á la Europa.
Marta aprecia tu memoria,
y de aquí donde la ves
te saluda tan cortés
como á *Rodrigo Gregoria*.
Tambien por la parte mia
me postro muy reverente
ante el marcial continente
de tu bella Estefanía.
Y ambos á Dios con ahinco
pedimos faltos de prole
el que al *redactor del Mole*
hijos le dé..... treinta y cinco.
Concluyo; mas sin embargo
á que no dudes te exhorto,
que si en esta he sido corto,
en otra seré mas largo.
Y ya que estando en Castilla
tu pluma cuando le place
no mas coge, y asi hace.....
José María Bonilla,
Yo aunque ves que estoy aquí,
por querer seguirte en todo
tambien hago de este modo.....

José Bernat Baldoví.

UNA RECLAMACION.

Manresa 2 de Noviembre de 1843.

Sr. D. Wenceslao Ayguals de Izco.

Muy Sr. mio: al suscribirme en 11 de setiembre próximo pasado al segundo tomo de la Risa, verifiqué la entrega de 14 rs. vn. importe del tomo de *Poesías jocosas de Villergas*, que segun el anuncio que obra en la página 167 del primer tomo de la Risa, podemos disfrutar el beneficio de adquirirlo por aquella cantidad los suscritores de las provincias por ser tambien hijos de Dios; y viendo ha trascurrido tanto tiempo sin poder tener el gusto de leer las donosas y bellas producciones del jóven Villergas, deseoso de adquirirlas lo mas pronto posible, dirijo á vd. mi justa reclamacion en el siguiente

SONETO.

Es un tormento bárbaro y *feroz*
faltarle á la promesa á un *infeliz*.
Yo la precio muy mas que una *perdiz*
cojida por el perro mas *atroz*.
Faltar yo á la promesa!... antes *veloz*
aplastára en el suelo la *nariz*;
solo puede caer en tal *desliz*
un ente que nació allá en *Vinaroz*.
Así para que viva en dulce *paz*,
mi corazon mas negro que la *pez*;
es preciso enmendarse aquel *audaz*;
Y de ello convencido hasta la *nuez*,
mándeme presto, con risueña *faz*,
el tomo de Villergas una *vez*.

José Mas.

Al Sr. Mas,

enviándole otro tomo de las *Poesías de Villergas*, que se le mandaron ya, y se habrá traspapelado en Correos, como acontecer suele en gracia de Dios con escandalosa frecuencia.

Soneto MASónico.

Mas, por santo Tomas no digas mas,
que mas es mi intencion dar mas al mes
que menos, mas ¡oh Mas! tambien tú ves
que el que hace mas disgusta á veces mas.
Mas si un *Villergas* te mandé no mas
y quieres mas, irán, que el interés
no me ciega jamas; si quieres tres
irán tambien; mas no me insultes mas.
Que mas quiero tu afecto ¡voto á brios!
que el de otros, mas que vengan de Paris;
pues siendo Mas, mas vales vive Dios.
Mas siento que tu afecto esté en un tris.....
No hablemos mas; de hoy mas ¡oh Mas! los dos
no comeremos mas que en un anís.

Wenceslao Ayguals de Izco.

AMBIGÚ.

Trozo de vaca asado con vino de Madera.

Mechado el trozo con tocino delgado, se vuelve y se ata por ambas estremidades, para que quede en círculo. Despues se coloca en una cazuela con cebollas, zanahorias y un manojo de yerbas finas; se moja todo con un vaso de sustancia y dos de vino de Madera, se hace hervir por algunos minutos á un fuego activo, se mitiga este hasta dejarle templado, y en la cubierta se pone fuego para que el tocino se seque: se pasa luego el pebre por un tamiz, habiéndole echado de manteca como el grueso de una nuez.

Callos.

Primeramente se cuecen despues de haberlos limpiado bien, con cebollas, zanahorias, peregil, tomillo laurel, clavo de especias, sal, pimienta y pimenton y la suficiente cantidad de agua; se dejan escurrir y se cortan en trozos gruesos como de cuatro dedos; se cubren despues con manteca mezclada con peregil, cebolletas y un poco de ajo muy picado, sal y pimienta, y se sirven con una salsa picante.

Tambien se pueden servir con salsa blanca italiana ú otra cualquiera.

Picadillos.

Se pica la vaca menudamente, se pone al fuego, se añade un poco de sustancia ó grasa de aves ú otra cualquiera, se le echa para humedecerle algo de caldo y un poco de vino blanco, dejándolo al fuego despues de haberlo sazonado convenientemente. Se sirve inmediamente que esté á punto.

Lengua de vaca.

Se limpia primero y se mecha con tocino magro en tajadas delgadas: en el fondo de la cazuela se ponen lonjas y encima la lengua con cebollas, zanahorias, setas cortadas en pedacitos, peregil, laurel, pimienta y sal; todo se moja con un vaso de caldo y de vino blanco, cubriéndolo tambien con otras lonjas de tocino; se coloca la cazuela sobre fuego lento con brasas encendidas sobre su cobertera; al cabo de pocas horas se saca la lengua, se corta á lo largo, y se sirve con una salsa.

Lengua encarnada.

Despues de haberla preparado con agua hirviendo, se enjuga y polvorea con salitre pulverizado hasta que quede bien impregnada; luego se pone en una vasija con clavo de especia, pimienta en grano, albahaca, laurel y tomillo; se echa encima agua hirviendo muy cargada de sal, y se deja asi durante seis dias; se saca al cabo de este tiempo y se cuece en dos azumbres de agua con zanahorias, cebollas, tomillo, albahaca, laurel, pimienta y clavo y un poco de salmuera; y en estando á punto, se echa en una cazuela con el caldo, y se deja enfriar.

Lengua á lo marinero.

Se cuece la lengua, se la quita el pellejo que la cubre; se corta en ruedas, se cuela el caldo en que haya cocido, se desengrasa, y se coloca todo en una cazuela con dos vasos de vino tinto, cebolletas fritas en manteca, setas y un trozo de manteca fresca y mezclada con un poco de harina reducida la salsa á su punto, se pone sobre los coscorrones cortados en rajas, y se echa la salsa encima.

OBSERVACION.

Una lengua de vaca se puede cocer y preparar con espinacas, setas y raices de toda especie.

PUBLICACIONES NUEVAS.

ESPARTERO. Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos. Ha salido la primera entrega con varios grabados, uno de ellos representa la casa donde nació Espartero, y la vista de Granátula en litografia. Salen tres entregas al mes al precio de: en *Madrid*, 8 rs. al mes y 20 por trimestre, y en las provincias 10 y 24 rs.

LA CARCAJADA. Enciclopedia de gracias, sales, chistes, donaires y ocurrencias de los mas célebres escritores antiguos con preciosas caricaturas. El primer número contiene una oda á *La pulga* de Lope de Vega: otra *A una dama que dejó al autor por un tuerto* de Juan de Valdes; unas décimas de Gerardo Lobo; un soneto de Quevedo; otro de un anónimo; una silva *A una vieja que dijo tenia dentera de comer limon*; una letrilla de Diego Hurtado de Mendoza y un soneto de Pellicer. Se publican dos entregas al mes á 10 rs. por trimestre tanto en Madrid como en las provincias; los que adelanten dos trimestres, obtendrán *gratis* el retrato en litografia de Quevedo que se repartirá mas adelante.

NOTA. Las primeras entregas de estas dos obras estan de manifiesto en todos los puntos de suscricion.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.—1843.